

obra definitiva sino que, especialmente a partir de los dos sugerentes trabajos iniciales, se abren nuevos caminos de investigación para poder llegar a un conocimiento en profundidad y en toda su complejidad de la actividad científica en este periodo. ■

María Luz López Terrada

Instituto de Historia de la Medicina y de la Ciencia López Piñero
(Universitat de València-CSIC)

Enrique Perdiguero-Gil, Josep Miquel Vidal Hernández, eds. *La ciudadela de los fantasmas. Lazaretos y protección sanitaria en el mundo mediterráneo*. Menorca: Institut Menorquí d'Estudis; 2010, 180 p. ISBN: 978-84-95718-80-8. € 15,00.

Hace ya más de medio siglo que Fernand Braudel puso de relieve en su espléndido, y ya convertido en clásico, *Mediterráneo*¹ el relevante papel que las enfermedades han jugado en la historia de las civilizaciones. *La ciudadela de los fantasmas*, libro coordinado por el profesor Enrique Perdiguero Gil y el coordinador científico del Institut Menorquí d'Estudis, Josep Miquel Vidal Hernández, reúne un conjunto de estudios que, organizados de manera muy coherente, dibujan un espléndido panorama acerca de los temores que la irrupción de epidemias de diversa índole despertó en el mundo mediterráneo occidental durante la Edad Moderna y el primer siglo de la Contemporánea. Pero junto a los temores también se estudian, por supuesto, los mecanismos arbitrados desde diferentes ámbitos de la acción humana para hacerles frente. La aspiración —manifestada por los editores en las páginas preliminares— de que el libro pudiera interesar —y ser útil, añadiría yo— no sólo a los expertos en historia de la medicina o de la ciencia está plenamente lograda. Las páginas de *La ciudadela de los fantasmas* atrapan al historiador en general, pero también al lector medianamente interesado por la historia social, pues las cuestiones tratadas son de enorme interés y su enfoque resulta atractivo.

1. Braudel, Fernand. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*. 2.^a ed. México: Fondo Cultura Económica; 1976, 2 vols.

Desde el punto de vista sanitario, las sociedades preindustriales vivieron en continua turbación ante la posibilidad de que enfermedades infectocontagiosas pudieran hacer mella en ellas. La peste ha servido de fuente de inspiración para no pocas obras cumbre de la literatura tal y como pone de manifiesto en su estudio Luis Montiel. Desde Boccacio y su *Decamerón* (1351), pasando por el *Diario del año de la peste* de Daniel Defoe (1722), Los novios de Manzoni (1827), *El rey peste* de Edgar A. Poe (1835), *La peste escarlata* de Jack London (1912) hasta llegar a *La peste* de Albert Camus, este terrible flagelo de la humanidad ha sido, no ya fuente de inspiración, sino el auténtico protagonista del relato. Este hecho no es ocioso pues, desde la Antigüedad, las consecuencias —en forma de terribles sangrías demográficas— de los peligrosos embates pestíferos se convirtieron en un auténtico drama que afectó millones de personas a lo largo de la historia. De idéntico modo, el pánico ante la más mínima sospecha de que la peste pudiera irrumpir propició el desarrollo de prácticas médico-científicas que, combinadas con otras de índole político-administrativa, procuraron combatir con eficacia sus efectos. Jon Arrizabalaga, describe la caracterización que los médicos universitarios efectuaron de este flagelo, la pugna sostenida entre aeristas y contagionistas, anota la estrategias (ordinarias y extraordinarias) diseñadas para luchar contra el mal y efectúa una amplia y atinada reflexión acerca del concepto de «pestes históricas» en el contexto de la medicina prebacteriológica. La aportación de Arrizabalaga constituye un espléndido pórtico que introduce al lector en sucesivos estudios monográficos referidos a los aspectos más relevantes del problema.

Así, y partiendo de la base de que el peligro siempre llegaba por vía marítima, Enrique Perdiguer y Alfons Zarzoso analizan la organización de la sanidad en dos municipios portuarios de notable relevancia durante la Edad Moderna: Barcelona y Alicante. Las competencias en esta materia en ambas ciudades eran municipales desde el medievo, descansaban en planteamientos preventivos y las gestionaban instituciones de similares características (Juntas de Sanidad o *Juntes de Morbo*), en las que se integraban miembros de los gobiernos ciudadanos, médicos y boticarios. Dada la voz de alarma ante la llegada de un barco que pudiera portar pasajeros o mercancías infectados los *morbiers* o vigilantes de la peste inspeccionaban la nave y procedían a establecer la correspondiente cuarentena. La inmovilización de barcos, pasajeros y mercancías en los puertos o en recintos construidos *ad hoc* —lazaretos— se complementaba, llegado el caso, con el establecimiento de cordones sanitarios terrestres que perseguían idénticos objetivos: prevenir la infección aislando a los posibles portadores hasta que estuviera verificada su «limpieza». Manejando abundantes fuentes documentales

Perdigero y Zarzoso confirman la tradición de este tipo de instituciones así como el modo de conducirse, que hunden sus raíces en la etapa foral, descartando que el cambio de dinastía en España tras la guerra de Sucesión trajera aparejado un cambio sustancial en la prevención y gestión de los riesgos epidémicos. El prestigio alcanzado por la Junta de Sanidad de Barcelona durante el siglo XVIII, en correlato con el de los médicos y cirujanos que la integraban, evidencia su buen hacer a la hora de planificar las operaciones de prevención que, en tiempo de seria amenaza, incorporaron el patrullaje de las costas con el concurso de varias falúas. El sostenimiento económico, siempre por cuenta del municipio, condicionó considerablemente la eficacia y supervivencia de estas prácticas.

Otras instituciones, como las Academias de Medicina, también contribuyeron a dotar de mayor rigor científico a la sanidad pública del Antiguo Régimen. Pujades Mora y Canaleta Safont analizan el papel desempeñado por la Academia de Medicina de Palma (1831) durante el siglo XIX como órgano consultivo y facultativo a la hora de afrontar las epidemias de fiebre amarilla y cólera, pese a que las Baleares no llegaron a sufrir sus efectos. En cualquier caso, su función asesora e informativa contribuyó a diseñar planes de prevención en los que figuran la disposición de cordones sanitarios marítimos («cordones flotantes») y terrestres, así como el establecimiento de hospitales provisionales extramuros de Palma. En última instancia, cabe resaltar que estas instituciones —y la de la ciudad de Palma, por descontado— resultaron fundamentales a la hora de elaborar el discurso científico-médico que precisaba cada situación. Su estrecha vinculación con el ayuntamiento, al igual que sucedía en el resto de España, evidencia que la estructura sanitaria del país descansaba en los recursos e iniciativa de los respectivos municipios, lo cual deja bien claro el camino que, en materia de salud pública, todavía quedaba por recorrer. En sintonía con esta aportación se encuentra la de Sala Vives, quien cuestiona la eficacia de los cordones sanitarios desplegados y las cuarentenas efectuadas entre los años 1787 y 1899 para combatir el ataque de la viruela, la «peste», la fiebre amarilla y el cólera. El tránsito del Antiguo Régimen al Liberal pone de manifiesto las dificultades para vencer las resistencias del pasado y lograr que la gestión de la Sanidad Pública, sobre todo en lo concerniente a la Marítima, fuera lo más eficaz posible. La complejidad política del siglo XIX español influyó en la lentitud de los cambios que, en lo concerniente a los cordones sanitarios, consistió en la progresiva profesionalización y militarización de los encargados de llevarlos a cabo, lo cual, en última instancia, supuso una creciente implicación del Estado en estos asuntos.

La necesidad de disponer de espacios en los que alojar durante el tiempo que duraba la cuarentena a los pasajeros y tripulantes, a la vez que a las mercan-

cías que portaban los barcos, propició la construcción de recintos en los que la prevención sanitaria se mezclaba con el control casi carcelario de los posibles infectados. Quim Bonastra lleva a cabo un estudio comparativo de las características arquitectónicas de los lazaretos europeos y norteamericanos (renacentista, ilustrado, *pabellonario* y paisajista) y su adecuación a las necesidades derivadas de los prolongados aislamientos de sus usuarios. La morfología de estas, denominadas, «fortalezas sanitarias» estaba en función de lo que se esperaba de ellas: aislamiento del exterior, segregación y purificación de mercancías, distribución interior del espacio en función de una determinada concepción científica y filosófica, sin olvidar el necesario mantenimiento del orden en el recinto que, obviamente, conducía al despliegue de una estricta vigilancia.

Este estudio nos introduce a la perfección en el caso concreto del lazareto de Mahón, desarrollado de manera excelente por Josep Miquel Vidal. Pese a no disponer de la totalidad de fuentes documentales, como consecuencia de la pérdida de los libros de actas de la Junta de Sanidad del lazareto de Mahón, el autor construye un sólido estudio del primer lazareto habilitado en España para recibir embarcaciones portadoras de patentes "sucias". Pese a que comenzó a construirse en 1793, sus obras no culminarían hasta 1807, demorándose su entrada en funcionamiento hasta el año 1817. Gracias al estudio de fuentes alternativas Vidal desvela cómo fue la realidad de este establecimiento, carente de las imprescindibles infraestructuras médicas desde el momento de su apertura, y en el que los reglamentos no llegaron a cumplirse, por auténtica imposibilidad material. Sin mobiliario ni utensilios, privado de medicinas y sin el personal necesario con que atender las necesidades, las cuarentenas se cumplían en los buques o, en el mejor de los casos, en tiendas de campaña instaladas en la costa. La manifiesta carencia de recursos fue la causante de esta paradójica situación.

Completan este libro un trabajo de Rafael Huertas sobre los manicomios y una amplia reflexión de Esteban Rodríguez sobre la evolución de la protección de la salud. El primero de ellos sirve de adecuado contrapunto al resto de aportaciones y, en esencia, analiza con precisión la evolución de otro de los espacios de exclusión (o de reclusión) que la medicina ha ido creando a lo largo de la historia para proteger a la sociedad de determinadas enfermedades, en este caso mentales. La segunda contribución no puede ser más oportuna en los tiempos que corren, en los que la Salud Pública queda estrechamente vinculada a la acción de los gobiernos de turno y a su mayor o menor grado de sensibilidad social. Una mirada a la historia ayudaría, a buen seguro, a que las decisiones fueran en la dirección correcta pero, lamentablemente, esto no pasa de ser una entelequia tal y como la experiencia reciente demuestra.

La ciudadela de los fantasmas constituye una magnífica aportación a lo que, en terminología científica, se conoce como avance general del conocimiento y sus autores ofrecen trabajos excelentemente documentados, sólidos en sus planteamientos y conclusiones y, lo que no es poco, de lectura agradable para cualquier interesado. Este libro proporciona una jugosa información acerca de las calamidades epidémicas que afligieron a la sociedad de la época moderna así como de las iniciativas que se pusieron en marcha para combatirlas y, como indicaba al inicio de mi comentario, lo hace con enorme solvencia y eficacia desde la perspectiva histórica más pulcra, por lo que su lectura resulta altamente recomendable. ■

Armando Alberola Romà

Universitat d'Alacant

José Antonio Díaz Rojo, ed. *La circulación del saber científico en los siglos XIX y XX*. Valencia: Instituto de Historia de la Medicina y de la Ciencia López Piñero; 2011, 256 p. ISBN: 978-84-370-8098-7. € 12,00.

Los «libros homenaje» responden a una vieja tradición académica. Compañeros, discípulos y amigos de un profesor especialmente carismático redactan una serie de trabajos con el fin de rendir tributo a su magisterio y expresar un especial reconocimiento a su trayectoria científica. Esta obra colectiva, coordinada por José Antonio Díaz Rojo —actual director del Instituto de Historia de la Medicina y de la Ciencia López Piñero—, puede ser considerada, es de hecho, un libro homenaje a José María López Piñero (1933-2010). Sin embargo, al contrario de lo que ocurre en otros libros homenaje, cuyos contenidos tienden a ser un tanto desiguales, pues lo que prima no es la coherencia del conjunto sino el homenaje en sí mismo, en el libro que comentamos existe un esfuerzo de cohesión, si no en los enfoques o en las temáticas concretas, sí en un marco general de reflexión.

Tras una breve glosa de la vida académica y la obra de José María López Piñero, al que se le reconoce como uno de los más representativos historiadores de la medicina y de la ciencia españoles de la segunda mitad del siglo XX, y una introducción del editor, el libro recoge siete contribuciones firmadas por investigadores pertenecientes, todos ellos, al mencionado Instituto valenciano. Su hilo conductor está indicado ya el propio título: *La circulación del saber científico en los siglos XIX y XX*.